

El progreso del Peregrino (X)

Continuación

Discreción sonrió, al mismo tiempo que algunas lágrimas se deslizaban por sus mejillas, y añadió: —*Deja que llame a dos o tres de mi familia.* —Y llamó a Prudencia, Piedad y Caridad, quienes, después de haber hablado un rato con él, le introdujeron a la casa, muchos de cuyos moradores salieron a recibirle cantando: —*Entra, bendito del Señor, pues para peregrinos como tú ha sido edificado este palacio.* —Cristiano les hizo una reverencia, pasó adelante y, luego que hubo tomado asiento, le sirvieron un pequeño refrigerio mientras se le preparaba la cena. Y para que el tiempo no fuese perdido, entablaron con él el siguiente diálogo:

PIEDAD - Vamos, buen Cristiano, tú has visto nuestro cariño y la benevolencia con que te hemos hospedado; cuéntanos, para nuestra edificación, algo de lo que en el viaje te ha sucedido.

CRISTIANO - Con mucho gusto, pues veo con placer vuestra buena disposición.

PIEDAD - ¿Qué fue lo que te movió a emprender esta vida de peregrino?

CRISTIANO - Un eco tremendo que me estaba siempre diciendo al oído “si no sales de aquí, inevitablemente perecerás”, me obligó a abandonar mi patria.

PIEDAD - ¿Y por qué tomaste este camino y no otro?

CRISTIANO - Porque así lo quiso el Señor. Yo estaba tembloroso y llorando, sin saber a dónde huir, cuando me salió al encuentro un hombre llamado Evangelista, que me dirigió hacia la puerta estrecha, que por mí solo, yo nunca hubiera encontrado, y me puso en el camino que me ha traído derechamente hasta aquí.

PIEDAD - ¿Y no pasaste por la casa de Intérprete?

CRISTIANO - ¡Ah!, sí, y por cierto que mientras viva nunca olvidaré las cosas que allí me fueron enseñadas, especialmente tres: primera, cómo Cristo mantiene en el corazón la obra de la gracia a despecho de Satanás; segunda, cómo el hombre, por su mucho y grave pecar, llega a desesperar de la misericordia de Dios, y tercera, la visión del que soñando presenciaba el juicio universal.

PIEDAD - ¿Le oíste contar su sueño?

CRISTIANO - Sí, y en verdad era terrible, tanto que afligió mi corazón en gran manera; pero ahora me alegro mucho de haberlo oído.

PIEDAD - ¿No viste más en casa de Intérprete?

CRISTIANO - ¡Oh!, sí; vi un magnífico palacio, cuyos habitantes estaban vestidos de oro, y a su entrada vi un atrevido que, abriéndose camino por entre la gente armada que trataba de impedirselo, logró entrar, al mismo tiempo que oí las voces de los de dentro que le animaban a conquistar la gloria eterna. De buena gana me hubiera estado un año entero en aquella casa; pero me restaba aún mucho camino que andar; así que dejé el palacio y empecé otra vez mi marcha.

PIEDAD - ¿Y qué te ocurrió luego en el camino?

CRISTIANO - Muy poco llevaba andado, cuando vi a uno, al parecer colgado de un madero, lleno todo él de heridas y de sangre, a cuya vista se cayó de mis hombros un peso muy molesto, bajo el cual iba yo gimiendo. Mi sorpresa fue muy grande, pues nunca había visto cosa semejante. Mirábele yo como embelesado, cuando se me acercaron tres Resplandecientes: el uno me aseguraba que mis pecados eran perdonados; el otro me quitó el vestido de andrajos que llevaba y me dio éste nuevo y hermoso que ves, y el tercero me selló en la frente y me dio este rollo.

PIEDAD - Sigue, Cristiano; cuéntame, que algo más has debido de ver.

CRISTIANO - He contado ya lo principal y lo mejor. También vi a tres, Simplicidad, Pereza y Presunción, durmiendo a la parte afuera del camino y con grillos en sus pies y por más que hice no los pude despertar. Después vi a Formalista e Hipocresía, que saltaron por encima de la pared y pretendían ir a Sión; pero muy luego se perdieron por no haberme creído. También hallé muy penosa la subida a este collado, y muy terrible el paso por entre las bocas de los leones;

El Valle de la Sombra de Muerte



1. Ahora Cristiano tenía que pasar por el Valle de la Sombra de Muerte. Dos hombres se encontraron con él. "¡Atrás! ¡Atrás!," le dijeron. "¿Por qué, cuál es el problema?" preguntó Cristiano. "Si hubiéramos ido un poco más abajo, no hubiéramos podido regresar aquí. Miramos hacia adelante y vimos el Valle que es tan negro como la brea. Es horrible," contestaron.



2. Cristiano siguió su camino con la espada desnuda en su mano por temor. El camino era extremadamente estrecho con una profunda zanja a la derecha y un peligroso lodazal a la izquierda. Suspiró amargamente.



3. Por todos lados llamas y humo salían con mucha abundancia, con chispas y ruidos horribles. Estas cosas no hacían caso de la espada de Cristiano como había hecho Apolión.



4. De manera que se vio forzado a poner su espada a un lado y usar el arma de Oración. "Libra ahora, oh Señor,; mi alma," exclamó.



5. Luego una compañía de espíritus malignos y dragones se lanzaban hacia él desde el lodazal. Gritó con voz alta "Andaré en la fortaleza del Señor!" y los demonios no se le acercaron más.



6. Un malvado murmuró blasfemias a su oído, pero Cristiano oyó una voz que decía: "Aunque ande en el Valle de la Sombra de Muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo."

ciertamente, sin el buen portero, que con sus palabras me animó, tal vez me hubiera vuelto atrás. Pero, gracias a Dios, estoy aquí, y las doy también a ustedes por haberme recibido.

Después de este diálogo, Prudencia tomó la palabra y preguntó:

PRUDENCIA - ¿No piensas alguna vez en el país de donde vienes?

CRISTIANO - Sí, señora; aunque no sin mucha vergüenza y repugnancia. Si yo lo hubiera deseado, tiempo he tenido y oportunidades de volver atrás; pero aspiro a otra patria mejor: la celestial.

PRUDENCIA - ¿No llevas todavía contigo algunas de las cosas con que estabas más familiarizado antes de ponerte en camino?

CRISTIANO - Sí, señora; aunque bien contra mi voluntad, especialmente mis propios pensamientos carnales, que tanto nos complacían a mí y a mis paisanos; pero ahora todas estas cosas me pesan tanto, que, a estar en mí sólo la elección, nunca más pensaría en ellas; mas cuando quiero hacer lo que es mejor, entonces lo que es peor está en mí.

PRUDENCIA - ¿Y no sientes algunas veces casi vencidas ya estas cosas, que en otras ocasiones te llenaban de confusión?

CRISTIANO - Sí; pero en pocas veces; sin embargo, esas horas en que esto me sucede son para mí de oro.

PRUDENCIA - ¿Te acuerdas cuáles son los medios por los cuales en esas ocasiones vences tales molestias?

CRISTIANO - ¡Qh, sí! Cuando medito en lo que vi y me pasó al pie de la cruz; cuando contemplo este vestido bordado; cuando me recreo en mirar este rollo, y cuando me enardece el pensamiento de lo que me espera, si felizmente llego al lugar adonde voy, entonces parece como que desaparecen esas cosas que tanto me molestan.

PRUDENCIA - ¿Y por qué ansías tanto llegar al Monte Sión?

CRISTIANO - ¡Ah! Porque allí espero ver vivo al que hace poco vi colgado en el madero; allí confío verme completamente libre de lo que ahora me molesta tanto; allí se asegura que no tiene ya cabida la muerte; y, por último, tendré allí la compañía que más me agrada. Y amo mucho al que con su muerte me quitó mi carga; mis enfermedades interiores me tienen muy molesto; deseo llegar al país donde ya no habrá muerte, y ansío tener por compañeros a los que sin cesar están cantando: "Santo, santo, santo."

Tomó entonces la palabra Caridad, y dijo a Cristiano:

CARIDAD. ¿Tienes familia? ¿Estás casado?

CRISTIANO - Señora, tengo mujer y cuatro hijitos.

CARIDAD - ¿Por qué no los has traído contigo?

CRISTIANO - (Llorando). —Con muchísimo gusto lo hubiera hecho; pero, desgraciadamente, todos los cinco reprobamos mi viaje y se opusieron a él con todas sus fuerzas.

CARIDAD - Pero tu deber era haberles hablado y esforzarte por persuadirles del peligro que corrían con quedarse.

CRISTIANO - Así lo hice, manifestándoles también lo que Dios me había declarado sobre la ruina de nuestra ciudad. Pero lo consideraron como un delirio y no me creyeron; advirtiéndome, además, que éste mi consejo lo acompañé de fervorosas oraciones al Señor, porque quería mucho a mi mujer y a mis hijos.

CARIDAD - ¿Supongo que les hablarías con energía de tu dolor y de tus temores de destrucción, porque creo que tú hablarías con bastante claridad lo inminente de tu ruina?

CRISTIANO - Lo hice, en verdad, no una, sino muchas veces, y además tenían muy patentes a la vista mis temores y mi semblante, en mis lágrimas y en el temblor que me sobrecogió por el temor del juicio que pesaba sobre nuestras cabezas. Pero nada fue bastante para inducirlos a que me siguiesen.

CARIDAD - ¿Pues qué razones pudieron alegar para no seguirte?